



SOCIOLOGÍA

Sección española

GLORIFIQUEMOS AL CUERPO

Algunos años atrás, no muchos, nos dedicábamos á los más enrevesados problemas del espíritu. En aquel tiempo, el máximo del saber consistía, para nosotros, en tratar asuntos que casi nadie entendiera, y que, por esto mismo y por su especial carácter, ningún beneficio proporcionaban á nadie. Habíamos leído á los filósofos alemanes y hasta á Balmes, que es mucho leer, nosotros que no hemos podido concluir uno de los libros más famosos y celebrados del mundo, á pesar de haberlo intentado varias veces. Más tarde ojeamos el libro de nuestra propia naturaleza, pareciéndonos que era el más sabio de todos. Desde entonces, procuramos seguir sus enseñanzas, y cada vez que las hallamos en contradicción con alguna ley escrita ó con alguna costumbre social, hemos procurado combatir aquella ley y esta costumbre.

Estudiada nuestra naturaleza, la de la sociedad y la de las cosas que contribuyen á la formación del sér humano, nos ha parecido que entre las propiedades del cerebro, que discurre sobre cualquier materia y que defiende cualquier cosa, y las del cuerpo que tiene condiciones únicas, y definidas é inalterables, la ventaja está de parte del cuerpo, aunque digan lo contrario los espiritualistas y hasta los partidarios del predominio de la razón. Y está de parte del cuerpo la ventaja, porque cuando el cuerpo dice que prefiere una cosa á otra, realmente la prefiere, y cuando manifiesta tener una necesidad, realmente la tiene, circunstancia que no reúne la razón, capaz de enturbiar el agua más limpia y de buscar argumentos con que defender las causas más injustas. Dirán algunos pensadores, que esto le pasa al cerebro porque las condiciones sociales se lo exigen, y que la cualidad de discernir y de adaptarse al medio es una manifestación de las condiciones de vida que el cerebro reúne. Diremos nosotros que las mismas circunstancias concurren en el cuerpo, y á pesar de todo, manifiesta francamente sus necesidades y sus deseos, sin tener en cuenta si la sociedad ó el individuo, por culpa de aquélla, puede ó no puede atenderlas. Verdad es que el cerebro se adapta más fácilmente al medio, y que esto es una condición excelente para ir tirando; pero el medio, sobre no ser una obra modelo, es una obra puramente convencional, mientras que el hambre y la sed, y todas las necesidades orgánicas, son existencias reales, sin cuya satisfacción la vida no sería posible, y las perso-

nas que aman la realidad sobre todas las cosas deben amar aquellas que no pueden ni quieren transigir con los convencionalismos.

Ya se nos alcanza que á lo hablado por nosotros podría llamársele *Tratado simple de una vida esencialmente rudimentaria*, y no dejamos de comprender que á los espíritus enamorados de lo compuesto, de lo espiritual, en una palabra, de lo metafísico, ha de serles muy ingrato concretarse á una vida que no vacilarían en llamar primitiva y que, llamándola así, creerían rebajarla. Pero tampoco desconocemos el escaso valor que tal modo de sentir tiene en quienes viven de espejismos y sometidos por completo, como están, á un intelectualismo que no tiene otro valor que la antigüedad, aunque los que á él rinden culto se consideren dignos de abrir el corazón al amor primero.

Nosotros no podremos ser espiritualistas, ni intelectualistas, ni partidarios del predominio del espíritu sobre la materia, ó de la razón sobre las necesidades y las pasiones, mientras el espíritu y la razón sean capaces de defender doce colores en doce meses, y mientras halle argumentos para apoyar las causas más opuestas. Someternos á los dictados de un órgano tan arbitrario y tan dócil á las injusticias, si las injusticias le retribuyen, es dejar nuestra vida á merced del capricho y de la venalidad. Mejor, mucho mejor obraremos atendiendo aquellos órganos que no nos engañan ni se engañan, que no anteponen el cálculo á la justicia, ni la conveniencia á las necesidades, y que dicen lo que desean sin rodeos. Al fin y al cabo animales somos, y como los animales vivimos, aunque no con la semejanza que sería de desear y que desearíamos si no negásemos ó no nos avergonzásemos de nuestro humilde origen.

Ya dijimos, no sabemos dónde ni cuándo, que en el sér humano había dos fuerzas. Una natural, incorruptible, que se acuerda siempre de la tierra; otra variable, capaz de acomodarse á cualquier estado, que se acuerda siempre del cielo; y se acuerda siempre del cielo, no porque en el cielo tenga su origen, sino porque el cielo es obra suya, y como á tal la admira é impone, cuando no por la fuerza externa, la fuerza propiamente dicha, por la fuerza interna, la fuerza del atavismo. El cerebro inventó á Dios, y como obra suya, quiere que el cuerpo la venera. Dios, obra del cerebro, es enemigo del cuerpo, y el cuerpo, con su poderosísimo instinto de vida, reniega de metafísica. No está conforme con escaseces, ni con ayunos, ni con penitencias, ni con cantinelas celestiales, ni con divagaciones profundas que, si sirven perfectamente para satisfacer las necesidades del hombre pensante, no sirven para satisfacer las necesidades del hombre natural.

El cerebro, tal cual lo han puesto las condiciones de la vida, no obtiene nuestros aplausos, y no los obtiene porque aun el que descansa sobre el cuerpo más amante de las pasiones, se acuerda que Dios, con todas sus martingalas, fué obra de los cerebros, sus antecesores. El cuerpo, en cambio, tiene nuestras simpatías, porque aun el que sostiene la cabeza más metafísica, se acuerda de su origen terrenal.

Para las luchas del porvenir, dato muy significativo es ese. Ya los sabios que pueden elegir eligen, para sus gabinetes, habitaciones bien ventiladas y pasajes rodeados de vegetación frondosa. Ya los ricos hacen construir sus hoteles en medio de hermosos jardines. Ya altos y bajos han vuelto la cara á la naturaleza.

Siempre creí que la religión no podría vencer á la carne, ni aun ayudada de esta base social tan enemiga de las satisfacciones físicas. A pesar de los inmensos recursos, morales y materiales, que ambas han puesto en juego contra la naturaleza, su fracaso ha sido enorme.

Un paseo por Africa, país donde la autoridad y el fanatismo dominan de un modo absoluto, ha fortalecido mi fe en la naturaleza y me ha demostrado una vez más que en nuestro interior existe una fuerza incorruptible, bien dispuesta siempre, á pesar de todas las leyes coercitivas, para la regeneración física de la especie, madre de todas las regeneraciones, fuerza que, bien empleada, con pocas generaciones dotaría á los hombres de aquella fortaleza física tan necesaria á su felicidad. Y lo que tiene de excelente esta fuerza regeneradora, es que lo mismo se manifiesta en el judío que en el católico, en el budista que en el mahometano.

Las religiones son el mayor enemigo de la carne; sin embargo, no han podido conseguir que dejaran de amarla ni los propios ministros de Dios. Consiguieron corromper la materia, pero esta, ni aun corrupta, pudo olvidarse de sí misma.

La religión mahometana impide á la mujer, desde que la naturaleza le presta los atributos para ser madre hasta que se los retira, enseñe el rostro á ningún hombre que no sea el propio. Sin embargo, la mujer mahometana, después de tantos siglos de esclavitud externa é interna, se revela contra tal ataque á la naturaleza, representada por el deseo que todo ser humano siente de ser libre y de ser agradable al sexo contrario. La mujer mahometana, y lo sé por experiencia propia, cuando ve á un cristiano donde no puede ser vista por un moro, le enseña la cara con coquetería, como para decirle: «La religión me impide enseñártela, pero en mí tiene más poder la naturaleza que la religión; ésta te llama perro cristiano, pero yo, antes que religiosa, soy mujer y me burlo de la religión y de los hombres que quieren esclavizarme». No hay en este acto, tan natural y al mismo tiempo tan poético, cálculo siquiera; hay instinto de vida, hay pasión. El cerebro está aquí por completo descartado. Si funcionara, sería para enturbiar el agua de la dicha á nombre de Dios.

Horroriza pensar lo que ha sufrido el género femenino en medio de aquellas humanidades que le negaron hasta condiciones morales. Nuestros cristianos, que vinieron á redimirla, trataron á la mujer de animal dañino; el hombre que de veras amaba su salvación, había de separarse de la mujer. Y, sin embargo, estos mismos místicos en sueños, debían abrazarla y debían rendir á la naturaleza los tributos que despiertos le negaban, si los negaban.

El cerebro, tan glorificado por ateos y por deistas, los unos á nombre del espíritu, los otros á nombre de la razón, no ha hecho más que oponerse, con sofismas espirituales unas veces y otras filosóficos, á las necesidades del cuerpo. La moral y el derecho, que muchas veces han servido perfectamente para acallar las reclamaciones de la materia, no son más útiles á la dicha humana que las órdenes que á los deistas dieron los dioses, todas enemigas del cuerpo, y, por consiguiente, de la satisfacción, de las necesidades justas y santas, puesto que las sentimos y puesto que de ellas estamos dotados.

Atendamos á la materia, sin hacer caso de añagazas clericales ó racionalistas. El libro más moral y más sabio, es un cuerpo sano y satisfecho.

FEDERICO URALES.

EL SOCIALISMO EN INGLATERRA ⁽¹⁾

Á MI QUERIDO AMIGO P. KROPOTKIN

El conocimiento exacto de los partidos socialistas ingleses no puede menos de sorprender á los que no tienen claro concepto de la vida política de Inglaterra y del carácter del pueblo británico.

La Gran Bretaña es de las naciones en que hay menos socialistas declarados, á la vez que es el país del mundo donde existen más socialistas sin saberlo. Tanto es así, que el pueblo que puede jactarse de haber dado vida al socialismo moderno, no tiene un solo representante en la Cámara de los Comunes; y lo afirmo así en redondo, porque los diputados obreros londonenses, John Burns y Steadman, no son más que radicales que, en el grupo Labouchère, forman la extrema izquierda del partido liberal.

A los libertarios, yo uno de ellos, nos tiene sin cuidado esa carencia de representantes en el Parlamento, lo mismo que á los revolucionarios ingleses, que en general son individualistas antiparlamentarios; pero esto exige una explicación, aunque sólo sea por el contraste que ofrece con las legiones de diputados socialistas de los Parla-mentos de Francia, Alemania y Bélgica.

Uno de los miembros más activos del movimiento social en Inglaterra, mi amigo Paul Campbell, exsecretario de la federación londonense del *Independent Labour Party*, me ha dado explicaciones precisas sobre este asunto. Según él, todo inglés es más ó menos socialista, por egoísmo, por filantropía ó por convicción; pero su socialismo se contrae á uno ó algunos puntos concretos, que son aquellos que se refieren á un mal social que le afecta particularmente, ó los que se le indican junto con su teórico remedio. No se toma el trabajo de relacionar esos males entre sí, de investigar su origen común, ni de analizar los diferentes sufrimientos que un remedio único podría suprimir á la vez. Con el pretexto de huir del idealismo, de rechazar las fórmulas abstractas y de ser esencialmente práctico, comienza por ponerse en desacuerdo consigo mismo, porque poco práctico es—la cosa salta á la vista—proponer tres reformas para suprimir tres injusticias, cuando con una sola podrían suprimirse todas. Los hay que combaten las religiones, y no comprenden que el medio más seguro de cerrar contra todas consiste en destruir su base común, el principio de la divinidad; hay también revolucionarios que buscan su salvación en el Estado, y no ven que el Estado es precisamente el creador y el sostén de todas las injusticias sociales.

En resumen: los ciudadanos ingleses, conservadores ó demócratas, tratan separadamente los problemas sociales, negándose á considerarlos en su conjunto. Jamás se espantan de las soluciones, por radicales que sean, cuando las juzgan adecuadas y necesarias. Como les distingue por lo general la buena fe, son todos más ó menos socialistas, aunque sin agruparse á los partidos socialistas constituidos.

Sin hablar de los reformadores burgueses y de los socialistas de gobierno, como lord Hansbury y M. Chamberlain, miembros del Gabinete conservador, los cuales acaban de hacer votar el *bill* contra los usureros y la ley de las habitaciones obreras

(1) Este artículo ha sido escrito en español y en francés, para ser publicado simultáneamente en los números de 1.º de Junio de LA REVISTA BLANCA y de *La Jeunesse Socialista*, de Toulouse. (N. de la R.)

tomemos como ejemplo los poderosos sindicatos británicos. En el último Congreso de las *Trades-Unions*, los delegados de 708.000 trabajadores votaron, contra los representantes de 410.000, una resolución en favor de la toma de posesión de los instrumentos de trabajo y de la distribución de la riqueza, y, sin embargo, una pequeña fracción de aquella mayoría acepta la denominación de *socialista*.

Esas *Trades-Unions* son ricas y bien organizadas; sus afiliados gozan, como todos los ciudadanos ingleses ó extranjeros residentes en Inglaterra, de una libertad individual sin límites, de que fuera de aquí, y menos en España, no puede formarse idea; tienen leyes sociales que les favorecen, descollando entre ellas los *Factory Acts*, que protegen el trabajo de las mujeres y de los niños, y dicen: ¿á qué preocuparnos de luchas políticas estériles? Conocen que los instrumentos de trabajo y las riquezas que producen deben pertenecerles, y piden cándidamente esa reforma, como la cosa más natural del mundo, pero sin preocuparse de las otras, lo que confirma las consideraciones antes expresadas.

* * *

He aquí una sucinta idea de los partidos socialistas ingleses, aunque el número de los partidarios de la mayor parte de ellos sea harto escaso.

El más antiguo de todos es el *Social-Democrate*, continuador y depositario de las doctrinas marxistas, caracterizado por la tradición autoritaria y su intransigencia dogmática; tiene como órgano en la prensa *Justice*. Este partido ha sostenido durante los últimos quince años una campaña de las más vigorosas, bajo la dirección de Hyndman, de Herbert Burrow y de la malograda Leonor Marx; pero no ha hecho prosélitos; antes al contrario, tiene diarios desprendimientos, y su acción política, á la que consagra todos sus esfuerzos, es aún más nula que la del partido obrero español. No es ese socialismo disciplinario ó de cuartel, como le llaman algunos, tan floreciente en Alemania, el llamado á prosperar en Inglaterra, el país por excelencia de la iniciativa y de la libertad individual.

Lo que acabo de exponer explica el éxito de un partido más joven, el Partido independiente del Trabajo (*Independent Labour Party*), cuyo órgano es *Labour Leader*. Este partido ha sabido adaptarse al medio en que vive: renuncia á los grandes programas, deja libre desarrollo á la iniciativa individual, huye de los dogmas, y ha presentado sucesivamente las reformas que quiere realizar: jornada de ocho horas, instrucción anticlerical, impuesto sobre la renta, derecho al trabajo y á la vida, supresión del trabajo de los niños, modificación del de las mujeres, etc. Además cuida de mantener excelentes relaciones con todos los partidos avanzados, desde el radical al anarquista, y de penetrar en las *Trades-Unions*, en medio de las cuales hace en la actualidad numerosos adherentes.

Dejando á un lado las elecciones legislativas, este partido se ha lanzado á la conquista de las corporaciones populares Municipios, Diputaciones provinciales, etcétera, donde, gracias á la libertad administrativa de que esas corporaciones gozan en Inglaterra, es posible hacer un poco de socialismo práctico, como sucede en algunas ciudades británicas, especialmente en Glasgow.

Esta política ha tenido excelente éxito. En el séptimo Congreso del partido, celebrado recientemente en Leeds, bajo la presidencia de Keir Hardie, éste dijo que en el curso del año pasado 237 candidatos solicitaron los votos de los electores en las elecciones municipales y provinciales, resultando elegidos 105. En el mismo Congre-

so se votó una resolución tendiendo á establecer un acuerdo electoral entre todas las asociaciones de tendencias más ó menos socialistas. Aunque el obrero inglés no tenga confianza en las luchas parlamentarias, en lo que tiene razón, hay que reconocer que la proposición es oportuna en estos momentos en que el partido liberal inglés, dividido y estacionario, con un programa agotado que los conservadores explotan, está en peligro de muerte, como murió el partido liberal belga cuando la derrota electoral de Frère-Orban en Lieja, legando su sucesión á los radico-socialistas.

Los elementos socialistas á quienes se dirige el partido independiente son lectores de *The Daily Chronicle*, *Reinolds*, *Morning Leader*, *Star*, *Harbinger*, y sobre todo del *Clairon*, importante órgano socialista dirigido por el infatigable Blatchford, y que se dedica á la propaganda rural. Este mismo periódico publica folletos socialistas que se distribuyén gratis. De uno de ellos, titulado *Merrie England* (Alegre Inglaterra), se han distribuido 2 millones de ejemplares.

Otro partido socialista es *Fabian Society*, que se ocupa exclusivamente de asuntos de educación y de propaganda en la clase media y en la aristocracia. Cuenta esta Sociedad con inteligencias de primer orden y con miembros de la alta sociedad inglesa, cuya pluma, palabra y bolsa están al servicio de toda reforma que no sea demasiado radical. Estos Fabios, como lo indica su nombre, son contemporizadores y no pecarán nunca de impacientes; son desinteresados (pues no se meten en política), filántropos y generosos.

Hay también en Inglaterra dos partidos que reivindican la nacionalización de la tierra; la liga Restitución de la Tierra, fundada según los principios de Henry George, y la Sociedad de Nacionalización del Suelo, que sostiene las ideas de Russell Wallace.

Los socialistas libertarios mantienen en Inglaterra cordiales relaciones con los autoritarios, hasta el punto de organizar juntos las grandes fiestas populares, tales como la manifestación de 1.º de Mayo, la de 14 de Julio, etc.

Existen, para que haya de todo, los anarquistas cristianos, que tuvieron por órgano *New Order*, que dirigía Franck Henderson, con la colaboración de los condes Tolstoi y Tcheczow, de Kenworthy, del capitán Saint-John y de miss Shaw, que defienden el principio de la no resistencia, y han fundado en Essex, según los principios tolstoianos, la colonia anarquista de Purleigh, que lleva una vida muy próspera.

Los grupos revolucionarios, cuyo órgano es *Freedom*, han organizado con buen éxito *meetings* de propaganda con el nombre de *Libertarian Lectures* (Conferencias Libertarias). El más importante de estos grupos es el *Freedom*, al que están afiliados revolucionarios extranjeros como Tchaikofsky, Luisa Michel, Tcherkesoff, Rucker y Kropotkin, el sabio modesto, el luchador infatigable, el maestro querido, á quien me he permitido dedicar este humilde trabajo.

No terminaré este ligero estudio sin hacer mención de las mujeres inglesas de tendencias socialistas ó libertarias, que, cada una en su medio y según sus recursos y circunstancias, no pierden ocasión en la prensa, en los *meetings* ó en las conferencias de hacer una propaganda activa y eficaz en favor de las reformas sociales que exigen la justicia y la humanidad: lady Dilke, miss Davies, Jenny Eleum, Bridge Adams, Julia Dawson, la duquesa de Sutherland, la condesa de Aberdeen, Margarita Mac-Donald, Helena Campbell, María Macpherson, lady Bathersea y otras cuyo nombre siento no recordar.

Algunas de estas damas están organizando para últimos de Junio próximo dos im-

portantes Congresos internacionales: uno sobre el trabajo de las mujeres y de los niños, otro en favor de la paz y del arbitraje internacional (1). Este último promete ser más serio que la ridícula farsa organizada en La Haya por el hipócrita proveedor del infierno siberiano.

F. TARRIDA DEL MÁRMOL.

Londres, 1.º de Mayo de 1899.

Sección del Exterior

EVOLUCION DEL DARWINISMO SOCIOLOGICO

Según Ch. Darwin, la lucha por la existencia es una de las causas que han determinado la diversidad de especies, y la más importante, si no la única. La naturaleza, ha dicho en sustancia este sabio, es una obra inconsciente de selección entre los seres vivos. Esta selección da por resultado el que ciertas formas sobrevivan en detrimento de otras que no pueden variar con la rapidez necesaria para ponerse en armonía con las variaciones del medio ambiente, ó, en otros términos, para adaptarse á ellas. Esta selección es la consecuencia necesaria de la concurrencia vital que resulta de una multiplicación demasiado rápida de los individuos existentes.

De otro modo, aquella multiplicación de seres organizados es para la conquista del espacio ó de los alimentos, y para la satisfacción de las necesidades genéricas, una causa de combates continuos, violentos ó pacíficos, manifestos ó disimulados, directos ó indirectos, pero siempre reales, en los que la victoria es de los mejor adaptados al ambiente, de los más aptos, favorecidos por la adquisición accidental de caracteres útiles, resultando una especie de selección hecha por la naturaleza, que tiene por consecuencia, gracias á la divergencia continua de variaciones adquiridas y á sus transmisiones hereditarias, la sucesión de especies vegetales y animales que han poblado la tierra durante el curso de los siglos. El universo es, en definitiva, un vasto campo de batalla, en el que los combatientes luchan sin cesar para conquistarse alimentos y espacio, y asegurar la descendencia.

Se ha sostenido que esta ley de la competencia, convertida actualmente en fundamento de una nueva filosofía zoológica, reina ya sobre un dominio bastante más vasto de lo que hubiera creído nunca el naturalista inglés. Es, según han dicho, una ley de los fenómenos de la materia orgánica é inorgánica en todos los grados de integración. De otra parte, puesto que en la doctrina de Darwin la descendencia del hombre, resulta también de los principios de selección y de concurrencia, es natural que se haya querido explicar por ellos la vida social y las fases que ella reviste. Así ha aparecido un darwinismo sociológico que, como el darwinismo biológico, ha hecho una evolución que expondremos aquí, reservando para estudios ulteriores la cuestión de saber si la vida social, con las múltiples relaciones que ella arrastra entre las sociedades diversas ó entre los miembros de los grupos particulares que esta sociedad soporta, y entre esos grupos mismos, no es una reacción contra la fatalidad natural de la lucha individual por la existencia.

(1) En ambos estará representada LA REVISTA BLANCA por el amigo Tarrida.

I

El darwinismo sociológico considera las sociedades bajo el punto de vista de sus relaciones mutuas, ó bajo el de la naturaleza de ellas mismas. En el primer caso, la agrupación es un organismo natural, más ó menos bien dispuesto para la lucha, caracterizada por la acción común de fuerzas disciplinadas con un interés, también común, contra otras asociaciones de fuerza.

En el segundo caso, la concurrencia vital es la regla de conducta de los individuos en el interior de la sociedad, ó de los grupos sociales, y la de estos mismos grupos en sus relaciones recíprocas. De los dos puntos de vista, la conclusión es la misma; no hay otra diferencia que la naturaleza de las unidades sociales en acción.

Considerando las sociedades en sus relaciones mutuas, compáraselas con los organismos biológicos, y se afirma que se conforman en todas las leyes de la biología. Que las sociedades son organismos, lo confirman las múltiples analogías que algunos sabios han hallado en estudios comparados, y han dado á la publicidad. (Véase Spencer, Schäffle, Lilieneld y últimamente R. Worms.) Y no son solamente organismos desde el punto de vista de la estática, ó sea según su estructura; lo son también según la dinámica, ó sea al punto de vista de la función. La fisiología social no es más que un caso especial de fisiología biológica, como la anatomía social no es más que un aspecto particular de la anatomía del individuo. Por consecuencia, los organismos sociales se nutren, crecen, se reproducen (colonias), sienten y piensan. Estos diversos fenómenos manifiéstanse en favor de la lucha de las sociedades. Sin necesidad de procurarse medios de subsistencia, de los que depende la posibilidad del crecimiento, de la reproducción, del sentimiento y la idea, las sociedades, como los organismos, no tendrían ningún motivo para luchar entre ellas.

Los organismos sociales no se afianzan sólo con la satisfacción de las necesidades biológicas. La humanidad se compone, dicen Gumplowicz y Ratzenhofer, de razas diversas, cuyos caracteres antropológicos se oponen unos á otros, y por eso todos los acontecimientos, tanto históricos como prehistóricos, son, en resumen, una perpetua lucha de razas. Resumamos la tesis.

La necesidad de luchar se impone á toda especie, á todo sér, desde el átomo hasta el hombre, y esta lucha determina cuatro procesos naturales: proceso sidérico, químico, vegetal y animal. (Véase Wovicom, *Las luchas*). El proceso sociológico es la continuación del biológico y orgánico, y en este sentido, es natural, puesto que en él se distinguen los dos factores de todo proceso natural: los elementos heterogéneos y una acción recíproca de estos elementos, debida á ciertas fuerzas. Pero este proceso natural ofrece un aspecto particular por razón de la diferencia de elementos heterogéneos que entran en lucha y por las diferencias de acción que ejercen estos elementos, los unos sobre los otros.

¿Cuáles son los elementos ó factores del proceso histórico? Estados, naciones, tribus, compuestas de elementos étnicos diferentes; en estos Estados, naciones, tribus, castas y clases, el origen étnico es distinto. Estos elementos étnicos, hoy más ó menos amalgamados, y, por consecuencia, reducidos en apariencia á un pequeño número, debieron ser más heterogéneos y, por lo tanto, en mayor número al principio y durante el curso de la prehistoria.

¿Cómo han vivido y se han portado entre ellos durante el curso de la historia? El más fuerte lucha contra el más débil para someterlo á sus designios y explotarlo de

diversos modos; canibalismo, esclavitud, etc. Sería paradójico sostener que esta ley del proceso histórico no es la misma que la del proceso sociológico de la prehistoria, y, á pesar de la progresiva tendencia de las razas á amalgamarse, sería esto contradecir una ley natural, cuya constancia no se ha desmentido hasta nuestros días, por la que conjeturamos para el porvenir una era, de unión y pacificación universal. La lucha de razas es, pues, la ley perpetua del desarrollo histórico ó, mejor dicho, sociológico, porque la historia es una sociología. La lucha sometió las hordas originales y las amalgamó por la subordinación del vencido al vencedor, creando así la diversidad de castas en un mismo Estado ó nación y la superposición continua de unas razas á otras, la sucesión de lenguas, religiones, costumbres é instituciones de toda especie. En ese sentido, la guerra de razas es la obrera secular de la civilización.

Gumplowicz no explica los diferentes é irreductibles caracteres que se separan los elementos étnicos, y su poligenismo se pierde en la suposición de una vaga multitud de hordas mal definidas. M. Vacher de Lapouge precisa esta doctrina. Los elementos étnicos, en oposición constante, se reducen á dos definitivamente: los dolicoideos, grandes de estatura, enérgicos de carácter, aventureros por temperamento, rubios con ojos azules, y los braquicéfalos, pequeños y morenos, pacíficos y serviles, en el Centro y Noroeste de Europa por ejemplo; de un lado el *Homo Europoeus*, y del otro el *Homo Alpinus* de Linné. Además, todas las particularidades étnicas son secundarias ó están bajo la dependencia de la conformación del cráneo, y sólo una diferencia en el índice cefálico, según la expresión de Ratzenhofer, denuncia en las razas el miedo ó el furor.

C. FAGES.

(Se continuará.)



Por una mala inteligencia con nuestro querido amigo Fernando Tarrida, no hemos podido publicar biografía en este número. Teníamos destinada la de la infatigable propagandista y apreciada compañera Luisa Michel, entendiendo que había prometido enviarla dicho amigo, y lo que anunció fué el artículo que de él se publica en otro lugar para este número y la biografía para el próximo. Que se nos dispense suplicamos.





CIENCIA Y ARTE

FISIOLOGÍA

Cuando un hombre sofocado quiere estudiarse y analizar las sensaciones tumultuosas que experimenta, se ve muy perplejo para caracterizar exactamente su malestar y para localizarlo de una manera precisa en tal ó cual punto determinado del cuerpo. Una impresión hay, sin embargo, que domina á todas las demás y las resume con bastante claridad; la sensación de una necesidad exagerada de respirar, necesidad que no consigue satisfacer.

Esto es lo que constituye el carácter fundamental de la sofocación.

¿En qué consiste el anhelo de respirar? ¿En qué condiciones se produce, y por qué el aumento del trabajo muscular exagera esa necesidad? Tales son las cuestiones que hay que resolver para encontrar el enlace de la sofocación con el ejercicio muscular que la produce.

La necesidad de respirar es una especie de regulador de la función respiratoria. Es una sensación que impulsa al individuo á aumentar más ó menos la frecuencia y amplitud de los movimientos del pulmón, según la urgencia más ó menos grande que el organismo tiene de la *hematosis* de la sangre, es decir, de devolver á la sangre venosa sus cualidades de sangre arterial, reemplazando el acceso del ácido carbónico que encierra por el oxígeno tomado del aire atmosférico.

Ni el hambre, ni la sed, ni ninguna de las necesidades naturales, producen en el organismo una perturbación tan pronta como la necesidad de respirar, cuando no se satisface; ninguna otra está ligada de un modo tan íntimo á la salvaguardia del organismo.

La respiración, en efecto, tiene por objeto defendernos contra un peligro muy apremiante, eliminando de la sangre el ácido carbónico, verdadero veneno, cuya acumulación en la economía puede en algunos minutos acarrear la muerte.

El ácido carbónico es un producto de desasimilación, resultante de las combustiones vitales. Se forma incesantemente en el organismo durante todo el tiempo que se mantiene el calor animal, es decir, durante toda la vida. Si el organismo no experimenta habitualmente sus desastrosos efectos, es porque lo elimina sin cesar por el pulmón.

El organismo no puede soportar sin perjuicio más que una dosis determinada de ácido carbónico. Cuando se traspasa esa dosis, se produce inmediatamente un malestar. Este malestar, que se llama anhelo respiratorio, necesidad de respirar, *disnea*, es una advertencia que nos pone en guardia contra la acumulación en la sangre de la sustancia tóxica.

La presencia de un acceso de ácido carbónico en la sangre es el punto de partida de la sensación que nos impulsa instintivamente, y á veces contra nuestra voluntad, á activar el juego del aparato respiratorio.

Cuantas circunstancias hacen variar más ó menos la cantidad de ácido carbónico contenida en la sangre, hacen variar, en el mismo sentido, la intensidad de la necesidad de respirar y la frecuencia de los movimientos respiratorios, signo por el cual esa necesidad se manifiesta exteriormente.

Siempre que el organismo fabrica menos ácido carbónico que en el estado normal,

la necesidad de respirar disminuye, los movimientos respiratorios se hacen más lentos. Es lo que se observa durante el sueño. Un hombre dormido produce menos ácido carbónico que en estado de vigilia; por esto su respiración es menos frecuente.

Durante el sueño de los animales invernantes, es cuando se ha podido observar la correlación íntima que existe entre la disminución del ácido carbónico en la economía y la atenuación de la necesidad de respirar.

Según los curiosos experimentos de Regnault, la producción del ácido carbónico en la marmota, durante el período del sueño, es treinta veces menor que durante la vigilia. Así se observa una disminución sorprendente de la necesidad de respirar en el animal durante aquel período; y se observa, por el contrario que, al despertar, la producción de ácido carbónico aumenta bruscamente, y que al mismo tiempo las exigencias de la respiración recobran de pronto toda su intensidad.

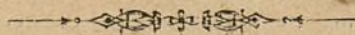
Se colocó á una marmota, aletargada por el sueño del invierno, bajo una campana de cristal de pequeñas dimensiones, cerrando los bordes con cemento; de este modo el aire exterior no podía penetrar, y la respiración del animal estaba reducida á la pequeña cantidad de aire contenida en su prisión. Mientras duró el sueño, la respiración se alimentó suficientemente y el animal vivió durante muchos días con esa dosis, casi infinitesimal de oxígeno, sin dar señales de malestar. Un día se dió un golpe violento á la campana, y se despertó la marmota. Apenas salió de su sueño, el animal manifestó, por su agitación y por los movimientos desordenados de su pecho, un gran trastorno respiratorio, y murió asfixiado á los pocos minutos. La dosis de aire que le bastaba para mantener su vida antes de despertar, no le bastó una vez despertado; había aumentado bruscamente la actividad del organismo, se había hecho más considerable la producción del ácido carbónico, y la saturación de la sangre por este gas había hecho mayores las exigencias de la respiración, que no podían satisfacerse con la corta cantidad de aire de la campana.

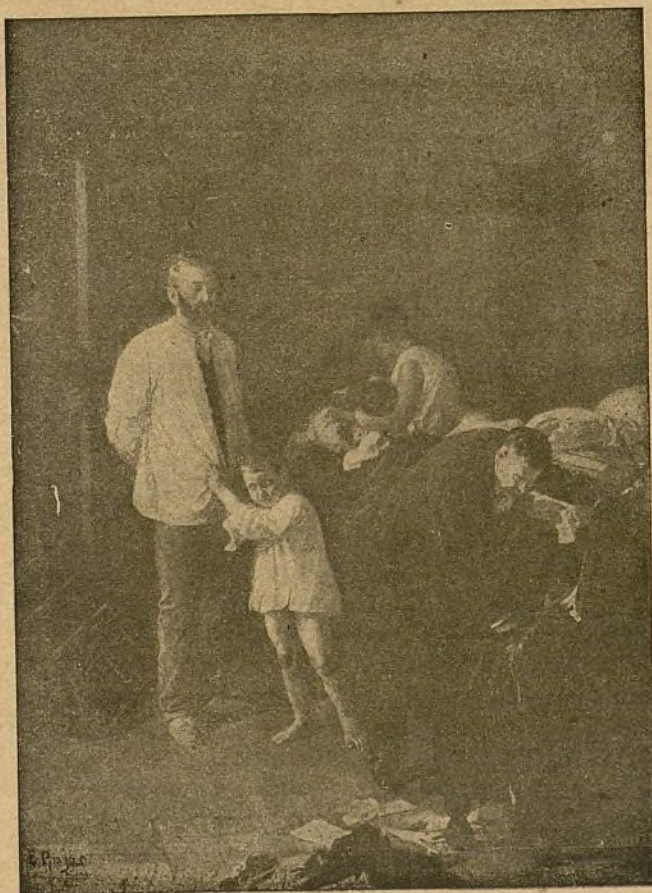
Si la necesidad de respirar disminuye cuando la proporción de ácido carbónico contenida en la sangre es más corta que en el estado normal, aumenta, por el contrario, cuantas veces este gas tiende á hacerse más abundante. Si el ácido carbónico se acumula á altas dosis, la necesidad de respirar toma los caracteres de la disnea intensa, de la angustia, y provoca movimientos respiratorios de una energía y de una frecuencia cada vez mayores.

Cuando se inyecta ácido carbónico en las venas de un perro, se acelera su respiración, se hace oprimida, ansiosa; el animal da muestras de un entorpecimiento respiratorio cada vez más grande. Si se continúa inyectando sin parar, los síntomas se agravan constantemente, y el animal concluye por sucumbir con los fenómenos de la asfixia. Ningún otro experimento puede debilitar el valor de éste; prueba de una manera perentoria que la necesidad de respirar aumenta cuando el ácido carbónico es excesivo en la sangre, y no solamente, como se ha sostenido, cuando la cantidad de oxígeno es insuficiente. En efecto, en el ejemplo citado, teniendo el perro las vías respiratorias libres, nada impide al oxígeno del aire llegar á sus pulmones en cantidad normal, y sin embargo, se produce la sofocación y pueden llegar á ser mortales los accidentes de asfixia.

DR. FERNANDO LAGRANGE.

(Traducción de Ricardo Rubio.)





CONCIENCIA TRANQUILA

De D. Julio Romero de Torres, artista cordobés muy joven y muy animoso, es este hermoso cuadro que reproducimos y que puede admirarse en la Exposición del Palacio de Bellas Artes.

La actitud y el carácter de las primeras figuras, ahorran toda explicación. Cualquiera adivina que el juez busca una cosa que no encuentra, por dos razones: 1.^a, porque está en la cabeza del obrero y no dentro de aquella vetusta caja; y 2.^a, porque las ideas son impalpables.

Aquellos papeles tan desconsideradamente tirados al suelo, son el pan intelectual del obrero, pan adquirido con el mismo dinero con que otros obreros se embrutecen. Gana para su familia trabajando como un condenado y conquista palmo á palmo una nueva sociedad para la gran familia humana. Inútil la labor del juez; para que fuera de utilidad, habría de abrir el cráneo del preso y á zarpazos arrancar de él el ideal. Esto no es posible.

¿De qué se acusa al padre de este niño tan asustado y al compañero de esta mujer tan afligida? De sustentar ideas disolventes. ¡Quizá el autor pensaba en los torturados

en Montjuich al pintar su hermoso cuadro! ¡Quizá vió en su obrero querido, en ese obrero tan sereno y tan resignado, á una víctima de la Inquisición barcelonesa! ¡Quizá el ideal martirizado en Montjuich hizo presa en el cerebro del artista!

Porque sólo el ideal y la Naturaleza han producido grandes genios.

Sobre los mártires cristianos, ¡qué de cosas bellas pintaron los artistas cristianos! Antes de que el cristianismo triunfara, en los bosques y en las playas, en las calles y en las plazas, en los mismos templos paganos y en la arena misma de los circos, dejaron los artistas cristianos hermosuras imperecederas, frutos de su fe y de su inspiración. Caro pagaban su amor al ideal, si eran descubiertos; mas para uno que caía, se levantaban mil; y es que el ideal crece más lozano si se le riega con lágrimas de los seres queridos y con sangre de nuestro propio cuerpo.

Las catacumbas, aquellos inmensos subterráneos que minaran la ciudad eterna, presentaban grandes é inacabables lienzos. Aun hoy, donde fueron enterrados Pedro, Marcelino, Inés, Calixto, etc., se ven las huellás de un amor inmenso por un ideal menos inmenso, porque el ideal del amor es el más grande de los ideales.

La persecución que por abrazar la Reforma sufrieron los holandeses, hizo de los pintores de la tierra la escuela más celebrada y más admirada del mundo.

¿Qué no hizo la llamada escuela florentina, madre de la romana, porque Rafael á ella tuvo por maestro, al iniciarse el naturalismo con toda su revolución de forma, de expresión, de adorno, de claro obscuro, decadente ya la doctrina de Cristo?

La superioridad del de Urbino sobre Miguel Angel y sobre todos los artistas, se debe á su inteligencia creadora, á la abundancia de ideas, á los asuntos que pintaba. Rafael de Urbino fué un artista ideista. De nacer antes que Constantino abrazara la cruz, hubiese muerto devorado por las fieras; si formara parte de esta generación nuestra, pelearía en defensa de la justicia al lado ó delante de Zola.

De estos es el Sr. Romero de Torres.

Hay verdadera tranquilidad y valentía en el rostro del obrero, terror en la actitud del hijo, amargura en la posición de la madre, ansiedad en el ademán del juez, indiferencia en la misión de los guardias.

El autor, con su alma de artista, siente todo aquello; y sintiéndolo es como puede dotarse á un cuadro de excelente modelado, de buena distribución de la luz y de la sombra, de la calidad del tono, de la bondad del empaste y de la solidez de la pintura, cualidades que reúne de una manera notabilísima *Conciencia tranquila*.

Muy de veras felicitamos al joven Romero de Torres y le aconsejamos que no desmaye ni á la vista de las injusticias que en su vida artística habrá de notar. Ni Zola ni Pi Margall son académicos. No le ha de extrañar, pues, si los artistas oficiales no han premiado su hermosa obra.

J. M.

MI PATRIA

Es mi patria un hogar cariñoso, un palacio esplendente, un jardín hermosísimo, un rico museo, una Universidad sapientísima, un taller de actividad incesante.

El amor, las comodidades, las delicias, la contemplación de las maravillas naturales y artísticas, la sabiduría, el trabajo, tienen en ella su natural y perfecto desarrollo.

Me aman los que me engendraron, mis consanguíneos, mis maestros, mis condiscípulos, mis compañeros, mis émulos, mis compatriotas, todos, y yo, correspondiendo á esa inmensidad de amor de que soy objeto, enamorado de mi patria, absorto en la contemplación de su grandeza y de su justicia, contribuyo á ese torrente amoroso que á todos llega, que todo lo vivifica; semejante á la circulación de la sangre en el cuerpo humano, que toca á todas y cada una de las células que le constituyen.

La placentera calma de los campos, la frondosidad de los bosques, el aroma de las flores, el armonioso gorjeo de las aves, la impetuosa corriente de los ríos, la pintoresca grandiosidad de los montes, la misteriosa profundidad de los abismos, el rítmico movimiento de las olas, que besan las costas y las playas, sublime conjunto natural embellecido por el arte y santificado por el trabajo, dan al suelo de esta patria querida majestuosa belleza.

Formo parte de una comunidad federada con otras innumerables esparcidas por el territorio de extinguidas nacionalidades; la gran casa que le sirve de morada hallase situada al pie de una colina que le resguarda de los vientos del Norte, y á su frente se extiende una vega cruzada por caudaloso río. En aquel edificio, monumento erigido á la fraternidad humana, de arquitectura en que los artistas han sabido reunir en beneficio de un pueblo la gracia que en tiempos pasados se empleó para adular á los tiranos, halla el individuo y la colectividad cuanto puede necesitar una comunidad de hombres inteligentes y libres. En sus múltiples departamentos disfruto de la soledad cuando de ella necesito para el descanso ó para el estudio; de la compañía preferida, para las dulces expansiones de la amistad; de la general, para las refacciones, para el recreo, para los ejercicios corporales exigidos por la higiene y para el trabajo.

Granjas modelos en las inmediaciones y talleres escuelas en el mismo edificio para la infancia, donde los niños de ambos sexos aprenden directamente de las cosas y de las manipulaciones y maniobras de la producción, y de la ciencia práctica, todo lo que es objeto de conocimiento; laboratorios y talleres con sus correspondientes herramientas, artefactos y maquinaria, que transforman la primera materia en productos de toda clase destinados al consumo, y de cuyo funcionamiento cuidan jóvenes obreros, de aspecto sano y rostro alegre, que desempeñan sus tareas entonando canciones que son como himnos á la paz, al amor, á la patria y á la humanidad en señal de gratitud por los beneficios actuales, debidos á sacrificios infinitos durante la larga evolución del progreso; espaciosas, limpias y bien ventiladas cocinas que esparcen ese vivificante aroma que despiden los alimentos bien condimentados, conservadores de la vida, reparadores de las pérdidas que el organismo experimenta en el ejercicio de sus facultades, y que, convertidos en materia humana, son futuros motores y agentes de nuestra actividad, de nuestros sentimientos y de nuestra inteligencia; vastos y suntuosos comedores donde se disfrutaban de manera tangible y práctica las delicias de la

igualdad por la comida en común, agapa cariñosa, manifestación inequívoca de la fraternidad; higiénicos dormitorios, hermosas piscinas, museos, bibliotecas, salas de conciertos y de conferencias, teatros, y cuanto para el bien moral y material puede reunirse en un edificio comunal, todo se encuentra aquí, científico, adecuado perfectamente á su objeto, embellecido por un arte exquisito, cuya contemplación termina siempre por plantearos el problema de hallar la línea divisoria entre lo útil y lo bello, sin hallar solución posible, porque todo lo esencialmente útil es bello, y todo lo bello, hasta lo que alcanza las más elevadas cumbres de lo sublime, es, no sólo útil, sino necesario, indispensable, dado el alcance infinito de las facultades intelectuales y morales á que ha llegado el sér humano.

Aquí, todo lo que se sabe se enseña á todos y á todas, y cuanto se aprende se practica. Todos son maestros y alumnos á la vez, y no hay problema científico, económico ó de otro género que no sea acometido con enérgica voluntad, claro entendimiento, absoluta despreocupación y ánimo alegre por miles de inteligencias, que le arrancan la solución al momento, á la fuerza, por honda y secreta que se halle; tal es el poder invencible del cálculo y de la inducción.

Todo el mundo tiene aquí un sitio en el hogar, en la satisfacción de las necesidades, en el trabajo, en el recreo, en la enseñanza, y si alguna vez faltase puesto ó se sintiera estrechez, inmediatamente se emprenderían las obras de ensanche, no sólo para la necesidad del momento, sino también en previsión de lo futuro.

La correspondencia, solidaridad y reciprocidad con las comunidades federadas, extendiendo el comunismo en lo material á la vez que consagrando la absoluta libertad de los individuos, realizan un cambio constante de personal: hijos del Mediodía que desean visitar las regiones del Norte, pagando la fraternal hospitalidad que reciben en el país de las brumas y de los fríos con las chispas de la gracia y del ingenio que los ardores del sol produjeron en su imaginación ardiente; naturales de las comarcas circumpolares que ansían gozar de la exuberancia de luz, color y movimiento de las zonas templada y tórrida; habitantes del centro de los continentes que se dirigen á las costas deseosos de cambiar sus ordinarias ocupaciones por la sugestiva novedad de la vida marítima; geólogos que recorren los campos, las montañas y las cavernas para leer como en un libro abierto la historia de las evoluciones de nuestro globo; observadores que husmean la tierra en busca del minúsculo insecto y de la ignorada hierbecilla, para completar el catálogo de la historia natural; arqueólogos y anticuarios que estudian las ruinas buscando inscripciones y residuos de todo género de las sociedades muertas para fijar la exactitud histórica; para los sedentarios y para los transeúntes, para todos hay aquí lugar, ocupación, participación y amor, y si acaso llega alguno procedente de aquellos países refractarios al progreso, estacionarios en un régimen atrasado, de aquellos que cierran los ojos á la luz por temor de que se desvanezcan sus preocupaciones, es objeto de los más solícitos cuidados y de esmeradísimas atenciones, produciéndose un caso de atavismo colectivo que reviste caracteres sublimes; surge repentinamente la caridad, sentimiento ya desvanecido como propio de la extinguida sociedad del privilegio, con el que los buenos atendían á sus semejantes en desgracia; parece aquello un concurso de hijas de Vicente de Paul ó de hijos de Francisco de Asís, que ansían colmar de bienes al que se presenta desprovisto de un derecho positivo y no ostenta otro título que el de individuo del género humano.

La ciencia, después de haber arrancado el rayo de las manos de Júpiter, de haber despojado de la esencialidad á Jehová é inutilizado las virtudes teologales, negando

con los hechos aquella profecía de Cristo según la cual siempre habría pobres en el mundo, ha llegado á alturas prodigiosas, tanto por lo que se sabe como por lo que se establece para saber más, y sus aplicaciones á la producción, á la economía y á la higiene satisfacen cumplidamente su objeto. Dispuestos todos por una enseñanza integral que al mismo tiempo que abarca en sus nociones elementales la universalidad de conocimientos provoca las aptitudes, las vocaciones y las especialidades por el contacto inmediato con el mundo de lo abstracto y de lo real, cada uno en su género propio de actividad es tanto como antes eran los excepcionales, los eminentes, los sabios, aquellos que en vida fueron ludibrio de las muchedumbres ignorantes y fanáticas y después de muertos recibieron los homenajes de la inmortalidad.

No hay cataclismo ni irrupción de bárbaros que arruinen monumentos y bibliotecas, ni revolución social capaz de destruir los actuales conocimientos y su consiguiente régimen social, porque el archivo principal, esencialismo, único, indestructible, consiste en el mismo idioma. Es este analítico y sintético. Todas las ideas representantes de las cosas, de las abstracciones y de los hechos tienen su raíz en una letra inicial, según que pertenezcan á uno de los tres reinos de la naturaleza, al orden abstracto ó á las diversas partes de la oración; cada división y subdivisión científica de las ideas se representan por una letra que ocupa en las palabras que las expresan el lugar numérico que le corresponde por clasificación racional, y una sintaxis que funciona con la misma invariabilidad, fijeza y universalidad que la aritmética, infunde á las palabras y á las oraciones aquella comprensibilidad y certidumbre que para todo el mundo poseen las expresiones de los cálculos matemáticos. Son inútiles los diccionarios, porque cada palabra lleva en sí su definición, su acepción única y su clasificación científica; no puede prosperar la charlatanería, la vana elocuencia ni la poesía ficticia, porque teniendo las palabras, como las unidades, valor concreto, es imposible amañar sofismas, que quedarían al descubierto y desprestigiados tan pronto como se expresaran. La filosofía, la Historia, la poesía, las artes, la literatura, la ciencia en abstracto y en su aplicación, y cuanto el hombre sabe y piensa, y puede llegar á saber y á pensar, vive en estado positivo ó en estado latente en el idioma universal usado por estas generaciones redimidas, completado además por el conocimiento de las lenguas muertas, y no hay ya Omar posible capaz de sumir al mundo en las tinieblas de la ignorancia tras los fulgores del incendio de una nueva biblioteca de Alejandría.

Considérase como patrimonio universal que todos los usufructuarios que mueren legan sin exclusión alguna á todos los que viven los bienes naturales, como don espontáneo que la naturaleza ofrece al hombre para su estudio, adaptación y transformación con que satisfacer sus necesidades morales y materiales; la ciencia, adquirida por la humanidad por medio del estudio, la observación y la metodización de todas las generaciones precedentes; la aplicación científica á la producción, condensada en esos potentes instrumentos con que se verifica el trabajo y el cambio, y, por tanto, nadie es dueño de nada y todos son copartícipes de todo. Aunque sin el valor de una excepción á la regla general, y sólo para que pueda ser comprendido por los que por un lamentable atraso viven aún fuera del comunismo, puede citarse la posesión de aquellas cosas de uso absolutamente personal, las cuales, aunque tarden mucho más en consumirse, forman parte de la ración que se sirve cada uno, y son como la porción de alimento que le corresponde, y en lo cual no puede penetrar el *tuyo* ni el *suyo* después que por el uso lo he consagrado como *mío*.

Compréndese que en otros tiempos hubiese legisladores, gobernantes, jueces, sa-

cerdotes y soldados que fijaren en leyes, decretos, sentencias y dogmas, impuestos por la fuerza, las relaciones sociales, jurídicas y espirituales; porque donde no alcanzaba el conocimiento recíproco de los derechos y de los deberes, y cuando la exposición de la doctrina, de la dignidad individual se consideraban como genialidades de un escritor ó como exageraciones revolucionarias, era necesaria una especie de compensación al desequilibrio de la injusticia, y esa compensación sólo podía ofrecerla la autoridad con su cortejo obligado de tribunales, patibulos, presidios, fuerza pública, etc. Por eso un pensamiento demoledor de antiguos y arraigadísimos errores y base fundamental de la positiva doctrina humana pasó desatendido y despreciado en vida de su autor y es hoy, después de muchos siglos, nuestra Constitución y nuestro Código. Hele aquí traducido del idioma universal, tal como se halla grabado en lápidas en nuestros grandes salones comunales:

«El hombre es para sí su realidad, su derecho, su mundo, su fin, su Dios, su todo. Es la idea eterna, que se encarna y adquiere la conciencia de sí misma; es el sér de los seres, es ley y legislador, monarca y súbdito. ¿Busca un punto de partida para la ciencia? Lo halla en la reflexión y en la abstracción de su entidad pensante. ¿Busca un principio de moralidad? Lo halla en su razón, que aspira á determinar sus actos. ¿Busca el universo? Lo halla en sus ideas. ¿Busca la divinidad? La halla consigo.

«Un sér que lo reúne todo en sí, es indudablemente soberano. El hombre, pues, todos los hombres son ingobernables. Todo poder es un absurdo. Todo hombre que extiende la mano sobre otro hombre, es un tirano; es más: es un sacrilego.—*Francisco Pi y Margall.*»

Aquí, pues, nadie legisla, gobierna, manda, juzga, sentencia, castiga, perdona, dogmatiza, ni excomulga.

Las grandes colectividades de la historia, las religiones, las razas, las naciones, que de manera tan profunda y sangrienta se hallaban separadas, han venido á fundirse en plácida unión, comulgando todas en la más firme é indestructible fraternidad: las razas y las naciones se disolvieron, después de cruentas guerras en que se extremaron los medios de destrucción, por la adopción de principios más racionales y humanitarios, y por los cruzamientos causados por la facilidad de comunicaciones entre los países más distantes; las religiones se desvanecieron, no tanto por el conocimiento universal y unánime de la falsedad esencial que las sustentaba, cuanto por no ser necesario ya explicar por una leyenda mística lo que todo el mundo sabe por ciencia y por experiencia.

Sirven de fundamento á las fiestas comunales la historia y la naturaleza, los grandes hombres, los beneficiosos descubrimientos, las estaciones, las operaciones de la agricultura.

En las fechas y en las épocas periódicas correspondientes, reúnen las multitudes en grandiosos salones y en espaciosos circos, donde se celebran actos que participan de la gracia y de la poesía de las antiguas olimpiadas á la vez que de los certámenes y Exposiciones de las épocas posteriores: todas las facultades morales, intelectuales y físicas, manifestadas en portentos de utilidad y hermosura, se exhiben y se premian, terminando con la ejecución de himnos por masas corales, que recuerdan por su número los antiguos ejércitos, y por danzas colectivas en que la juventud en corporación forma hermosas figuras y artísticas combinaciones, produciendo aquel conjunto un efecto infinitamente más bello que el que los místicos soñaron como pasatiempo de los elegidos para la eterna bienaventuranza.

La alegría, el entusiasmo, la felicidad se desbordan por manera inexplicable.

Renuévase allí la vida, porque, impulsado por tan bellos sentimientos y además por la gratitud, cada uno, sin distinción de edad ni sexo, se inclina á dar á la sociedad mayor suma de actividad y de inteligencia, y también porque surgiendo vivífico y exuberante el amor en aquella juventud dichosa, en perfecto concierto con la naturaleza y segura de mantenerse dentro de los límites de la dignidad, piérdense las gentiles parejas por los jardines, los prados, los bosques, las orillas de los lagos y las riberas de los ríos, y al arrullo de la tierra, madre naturaleza, que canta la eterna canción de la vida con los armoniosos rumores que forman las brisas, la corriente de las aguas, el zumbido de los insectos y el canto de las aves, se cumple la obra infinita y perenne de la creación.

.....

Tal fué el sueño de mi primera noche de destierro.

Una patria injusta me arrojaba de su seno indefinidamente, quizás para siempre, después de un año de prisión injustificada y en virtud de una ley excepcional, á la que se dió efecto retroactivo, acaso por primera vez en el mundo de la tiranía, ya que es axioma jurídico que no hay tirano capaz de castigar por la desobediencia á una ley que no hubiese sido previamente promulgada, lo que no podrá decirse ya en lo sucesivo.

En la *mairie* de Cervère, tendido en la paja que nos servía de cama redonda á unos sesenta desgraciados, y después de un largo insomnio que me reprodujo todos los sufrimientos pasados, los que me prometía el porvenir y bajo la presión de los punzantes dolores que me ocasionaba la separación de una familia amantísima, que dejaba expuesta á todos los males en la Barcelona de Montjuich, me dormí, y en aquel sueño, sobreponiéndose á todas las penalidades físicas y morales que me agobiaban, flotó el ideal que anima mi existencia, del cual es pálido reflejo la relación anterior.

Bien quisiera dar á esa visión profética de mi febril imaginación todo el relieve y colorido con que se ofreció á mi fantasía en aquellas horas críticas; pero confío en que el lector suplirá mi deficiencia.

ANSELMO LORENZO.



REVISTA DE REVISTAS

L'Humanité Nouvelle (París, Abril).—En el número de Abril de esta importante revista hay un estudio del célebre criminalista César Lombroso titulado *La race dans l'étiologie du crime*; un artículo de Elchard Esse que trata de *Los socialistas polacos y rusos*; *Curiosidades revolucionarias*, por Camille Laurent; *Algunas ideas sobre el fin de la ciencia histórica*, expuestas muy claramente por J. Borchardt; *La mort ou la vie*, exposición de un proyecto de reforma relativo á las pompas fúnebres, por Félix Regamey. Páginas esencialmente literarias, como *Le petit Jean*, preciosa novela del escritor holandés Frédérik van Eeden, poesías y poemas, resultando un número ameno é instructivo.

Criminalología Moderna (Buenos Aires, Marzo).—La simpática *Criminalología Moderna*, correspondiente al mes de Marzo, viene repleta de material sano y bueno. Hay la continuación del interesante trabajo de Hamon, titulado *La enseñanza de las ciencias sociales en Francia*; otro de José Domínguez, con el nombre de *El juicio por jurados en lo criminal*; otro hermosísimo de Scipio Sighele, *La obra de G. D'Annunzio ante la psiquiatría*; *Delitos por el honor*, por Pedro Gori; *La pena de Lucheni*, razonado y bien escrito trabajo por Arturo Riva; *Atavismo Pampa*, por M. Carlés; *Gula del estudiante*, por Bruno, y otros no menos importantes. Se suscribe en la calle Talcahuano, 379, Buenos Aires.

Ciencia Social (Buenos Aires, Marzo).—Como todos, es interesantísimo el número de Marzo. Publica el retrato de Sebastián Faure, cuya biografía está hecha por nuestro estimado amigo Charles Money; *Socialismo y Anarquía*, por Enrique Malatesta; *La evolución de la Sociología criminal*, por Gori; *Origen animal del hombre*, por Eliseo Reclus; *La verdad en cuestión religiosa*, por el vizconde de Chaux; *Error que se disipa*, por Altaïr. Tanto *Ciencia Social* como el *Almanaque de la Question Sociale*, que edita la misma empresa, en España puede adquirirse en la administración de LA REVISTA BLANCA y en la imprenta «El Progreso», Torreiro, 22, Coruña, al precio de 0,50 pesetas la primera y 0,70 el segundo.

Revista Judicial (Buenos Aires, Marzo).—Publicación mensual ilustrada. Contiene estudios jurídicos variados, leyes y decisiones judiciales las más importantes y más recientes. El sumario correspondiente al mes de Marzo es el que sigue: Sección ilustrada: *Doctor Juan E. Torrent, Los crímenes del día*, por el doctor Evaristo Barrenechea; *De la clausura de los procedimientos de la quiebra*, por el doctor Carlos Delcasse; *Conversando*, por Lex; *Acciones posesorias*, por el doctor Cástulo L. Furnus; *La justicia federal*, por R. G.; *Errores sobre errores*, por Justus; *La prensa y la administración de justicia*, por Justus; *Las ternas de jueces de paz suplentes, La vacante de la Corte Suprema, ¿La profesión de escribano debe ser libre?, Una pesquisa como muchas, Resoluciones judiciales de interés, El proceso Seeber, Procesos célebres, etc., etc.*

La Tracción (Barcelona, Mayo).—El número de Mayo de esta simpática revista ferroviaria es un número verdaderamente notable. Forma un caprichoso *Album*, en el que campea la expresión radical que informa al órgano del personal de los ferrocarriles españoles, compuesto de queridísimos amigos nuestros. Se suscribe en la administración, Acequia Condal, 12, primero (Martín Provencals, Barcelona).

Interesantes y amenas las unas é instructivas las otras, continúan siendo *Revista Nueva*, Madrid; *Revista Jurídica*, Valladolid; *La Unión Espiritista*, Barcelona; *Sophia*, revista teosófica, Madrid; *La Escuela Práctica*, revista pedagógica, Ciudadela; *L'Aube Meridionale*, Montpellier; *Revista Cooperativa Catalana*, Barcelona, y *La Educación Contemporánea*, órgano de la sección de Instrucción y Beneficencia públicas de Colima.

Harbinger es el título de la nueva Revista mensual que ha empezado á ver la luz en Londres, y en la que colaboran amigos y compañeros tan queridos como Luisa Michel y Tarrida Mármol.

Deseamos á la recién venida todo género de prosperidades, celebrando venga á compartir con nosotros las glorias y fatigas de la campaña, cuyo término ya se aproxima y cuyo triunfo es indudable.

LIBROS Y FOLLETOS

Las preocupaciones sociales, por U. González Serrano.—El libro del Sr. González Serrano es interesantísimo bajo todos conceptos. En él se hace un detallado análisis de los prejuicios, convertidos siempre en preocupaciones sociales, sobreviniendo de ahí esas desviaciones del carácter y de la voluntad que se nota, quizá más abundantemente de lo lógico, aun entre las personas pensadoras. Analiza el origen de las preocupaciones con criterio altamente radical. Dice que «las apellidadas leyes del honor no se lo devuelven á ningún hombre bien sentido, porque consienta, héroe por fuerza, que le arañen la piel ó le causen avería de más consideración».

Efectivamente, por puntillos de honra arriesga la existencia un individuo, obsesionado por esa preocupación fútil que varía en cada país y hasta en cada circunstancia, sirviendo un lenguaje apreciado de más ó menos fuerte como elemento perturbador. Lástima grande que la concienzuda prosa del Sr. González Serrano no satisfaga más al público que se agita y lucha. *Preocupaciones sociales* es un hermoso título para poder acometer de frente, sirviendo de remate á la obra que actualmente se ventila, y que en la palestra del mundo amenaza derribar todo ese pasado caduco que engendró preocupación tanta, formando los caracteres á imagen y semejanza de la conveniencia privativa. Con sus pensamientos hermosos, profundos, cuánto bien podría hacer á la humanidad el Sr. González Serrano si, bajando su mirada, se preocupara de las preocupaciones que sumergen en el caos á las muchedumbres supersticiosas. Se vende en la librería de Fernando Fe, al precio de 3 pesetas.

España y el descubrimiento de América, por Juan J. Morato.—El opúsculo del amigo Morato es un bosquejo interesante de cómo y de qué manera encontrábase España cuando el descubrimiento del Nuevo Mundo. Escrito con la sencillez y concisión de estilo que acostumbra, se hace ameno é instructivo.

Pensamientos filosóficos, por Alfredo Campos Hidalgo.—Especie de canto á la Naturaleza, en 16 páginas, y su precio 0,50 pesetas.

Hemos recibido la tercera entrega del Certamen socialista libertario celebrado en La Plata. Para pedidos, dirigirse á D. Pascual Mediano, Comercio, 1.267, pieza número 3, Buenos Aires.

El poema *¿Dónde está Dios?*, por M. Rey, y *Ante el cadalso*, diálogo por Pepita Guerra.

Anarchia e Comunismo, discurso en italiano, por Capero.

A los indiferentes, por Cafiero Patroní.—Folleto de propaganda de la biblioteca del partido socialista obrero argentino.

Hemos recibido también los Estatutos del Centro Republicano Social de Sevilla, los de la Cooperativa de la Coruña, y un documento del Clup de Campanha, de Oporto, y un buen escrito manifiesto antielectoral que firman los socialistas libertarios de Bilbao.





SECCION LIBRE

EL DESARME

II

Es tal y tan grande la importancia de esta cuestión, que volver sobre ella nunca me parecerá inoportuno.

En el suplemento literario de *Les Temps Nouveaux*, valiente y antigua publicación libertaria que ve la luz en París, hallo lo siguiente, que viene á robustecer y confirmar lo que ya he dicho sobre este particular anteriormente:

«La paz del mundo.

Varios hombres eminentes de Suecia, entre los que se cuentan algunos diputados, habían enviado hace algún tiempo una carta colectiva á León Tolstoï, preguntándole si creía oportuno presentar ante la Conferencia internacional de la paz ó ante el público europeo la cuestión de transformar el servicio militar obligatorio en una especie de servicio público para los individuos cuya conciencia no les permita servir en el ejército. A esa carta ha contestado Tolstoï con otra, que en el original se encuentra íntegra, y de la que traducimos los fragmentos que siguen:

«Muy señores míos: La idea expresada en vuestra hermosa carta, de que el medio más fácil y más seguro de llegar al desarme general es la negativa de los individuos á tomar parte en el servicio militar, es perfectamente justa: yo iría más lejos todavía, afirmando que es el único medio por el cual pueden los pueblos librarse de una calamidad que va creciendo constantemente.

.....

Engañados por su propia verbosidad los socialistas, los radicales y otros que se llaman progresistas, se imaginan que sus discursos en el Parlamento, sus *meetings*, sus ligas, sus alianzas, sus organizaciones y sus folletos son muy importantes para el progreso de la humanidad, mientras que la negativa de los individuos á tomar parte en el servicio militar lo consideran como un fenómeno sin importancia. Pero los gobiernos saben bien lo que les importa y lo que les tiene sin cuidado. Así se consideran muy felices permitiendo hinchados discursos en los Congresos ó pacíficas manifestaciones socialistas, sabiendo que éstos son fenómenos muy provechosos, pues sirven para extraviar la atención de las gentes, apartándola de aquello que es verdaderamente peligroso para los asuntos gubernamentales; es decir, de los medios de deliberación. Pero lo que temen más que todo en el mundo, es el que se despierte

en el individuo el sentimiento de la dignidad humana, y como consecuencia inmediata, el negarse á pagar la odiosa contribución de sangre: jamás tolerarán tales procedimientos, procurando extinguirlos por todos los medios posibles.

Mientras que los Gobiernos continúen, no sólo adquiriendo posesiones nuevas como las Filipinas, Port-Althur, etc., sino reteniendo en su poder lo conquistado, como Polonia, Indias, Alsacia-Lorena, Argelia, Egipto, etc., tanto más crecerán los ejércitos. Mientras que los Gobiernos continúen apoyándose en la fuerza material, no tolerarán que nadie se niegue á tomar parte en el servicio militar.

Sólo disminuirán ó se suprimirán los ejércitos cuando los pueblos dejen de permitir á otros pueblos que los esclavicen, ni se sometan ellos mismos á la educación animal que se llama ejercicios militares y disciplina. Y los pueblos dejarán de someterse á esa educación cuando el sentimiento de la dignidad humana haya sido en ellos despertado; pero este resultado no se obtendrá hasta que sus inteligencias no hayan sido iluminadas por la verdadera luz. No aquella que permite al hombre conocer todas las ciencias y utilizar todos los inventos, reconociendo el derecho de un pueblo á gobernar á otro, sino la luz que hace se niegue el hombre á alienar su libertad, base de su independencia como ser humano en manos ajenas, reconociéndose el único responsable de sus actos.

Solamente entonces, cuando esa luz se haya extendido, los ejércitos disminuirán ó se suprimirán del todo; pero eso no sucederá por la voluntad del Gobierno, sino á pesar suyo.

Se ha publicado recientemente la historia de un regimiento americano que se negó á marchar contra Ilo-Ilo. Su noticia se cita como cosa notable, cuando lo verdaderamente admirable es que los regimientos de rusos, alemanes, franceses, italianos y americanos, en lugar de hacer lo mismo, sigan el capricho de gentes perversas y vayan á matar á los súbditos de otros pueblos que ningún daño les han causado. Si en nuestros días hay gentes que van á la guerra, sometiéndose como esclavos á hombres por quienes no sienten ninguna estima, es indudablemente porque viven en un estado verdaderamente terrible de ignorancia moral.

Si la verdadera luz, según la he descrito, estuviera extendida entre el pueblo, los anuncios de la proyectada Conferencia no hallarían ecos simpáticos ni despertarían esperanzas vanas. Por el contrario, excitarían la burla y el desprecio, si es que no causaban justa y natural indignación; en tanto que las negativas de servir en el ejército, una vez conocidas, serían aclamadas por el mundo entero como actos verdaderamente heroicos de parte de hombres que sufren por la causa de la libertad y el progreso humano.

He ahí las razones que me mueven á creer que vuestra opinión de que las negativas á tomar parte en el servicio militar son fenómenos de la mayor importancia, y que por su mediación pudieran librarse los hombres del servicio militar obligatorio, es perfectamente exacta; pero nuestras ideas respecto á que la Conferencia pueda contribuir á alcanzar ese resultado, las considero completamente erróneas. La conferencia sólo puede apartar las miradas del pueblo de los verdaderos medios de salud y emancipación.

LEÓN TOLSTOÏ.»

Como lo demuestran las anteriores líneas, lo mismo en Rusia que en todas par-

tes, los amigos del pueblo nada esperan de los grandes farsantes que, pretendiendo interesarse por el bien de la multitud, sólo conspiran en su daño.

FERMÍN SALVOECHEA.

Para mis amigas de Gibraltar, Algeciras y Tánger

JOSEFA GUDICE, SIMI BENTUBO, AURELIA PELIZA, INÉS CABUTO, MARÍA N. Y CONCEPCIÓN GUERRERO

Al dirigiros hoy mis expresivos recuerdos, cariñosísimas amigas, siento algo en mí, grandioso é intenso, que habla á todo mi sér con arrobador entusiasmo. Sé que comprendéis y estimáis mi labor revolucionaria, y esto me liga á vosotras como el pólipó á la roca.

Cuanto como yo piensan y luchan por la emancipación humana, cuanto como yo perciben en lontananza los fulgores de la nueva era de paz y amor que yo vislumbro, me merecen muy profunda estimación y particular simpatía. ¿Por qué? Porque aman el ideal que yo amo. Está tan arraigado en mí este amor de mis amores, que amo al arte que á él represente, al poeta que á él cante y al hombre que á él se consagre. ¿Y cómo no amar la acracia si compendia en sí cuanto hay de más justo y bueno y armonioso en la humanidad? ¿Cómo no reconcentrar en ella todos los sentimientos é ideas si representa la armonía universal con que sueña el poeta en sus divagaciones, el filósofo en sus elucubraciones, el sociólogo en su aspiración de bienestar general, el artista en su afán de gloria y el científico en sus estudios experimentales?

En estas sociedades egoístas, donde domina el más feroz individualismo, necesita la mujer mucha abnegación para lanzarse á la conquista del ideal libertario; y la necesita, porque representa un esfuerzo mayor que el del hombre.

La lucha que tenazmente tiene que sostenerse contra la tiranía, viene á nosotras como bagaje acumulador de grandes é imponderables injusticias, pues en nuestra marcha por la Historia pasada y presente, unas veces consideradas como objetos de placer, otras como organismos desprovistos de todo sentido práctico, de toda virtud y de toda inteligencia; negándonos los unos la facultad intelectual, los otros la moral y todos considerándonos como esclavas, no solamente tenemos que luchar contra las preocupaciones sociales y los fanatismos religiosos y las leyes que coartan nuestras iniciativas individuales, sino contra el hombre mismo, que ejerce en nosotras de un modo directo y exclusivo de tirano en todas las manifestaciones de la vida, como si las mujeres fuésemos entes incapaces de dirigirnos por sí solas.

A pesar de lo dicho, amigas queridas, yo no soy feminista, si serlo equivale á hacer la guerra á los hombres. Considero que somos dos resultantes de la naturaleza y necesarios ambos en la marcha del progreso. Entiendo que el hombre no debe avanzar sólo hacia la conquista de sus derechos, sino ayudado y sostenido por nuestro amor y nuestra abnegación y nuestra intuición, quizá más sutil que la suya. Nosotras no debemos considerar como cosa baladí la emancipación humana, pues de ella depende el que se reconozca nuestra dignidad, ya que de ella dimana la libertad para todos. Si el hombre ha ejercido y ejerce actualmente de tirano para

con nosotras, culpa es de las sociedades que nos precedieron y que instituyeron en la legislación, y, como consecuencia de ella, en las costumbres, el derecho del más fuerte.

El pasado y el presente ha sido y es injusto con la mujer; sólo el porvenir y con él la posesión de una sociedad que garantice nuestra libertad puede sernos favorable. Nuestras aspiraciones, pues, hacia el porvenir deben dirigirse.

Somos el piloto que navega con rumbo incierto, esperando siempre encontrar la hospitalaria playa que sea nuestro refugio y salvación. Hemos visto que, tanto en las sociedades pagana como en la cristiana, á pesar de engalanarse esta última con el nombre de *salvadora* y *redentora* nuestra, hemos tenido que servir al tirano de rodillas, ó de carne de placer, ó de objeto de lujo, y ser esclavas siempre.

Aunque se diga vulgarmente que «el hombre es un animal de costumbres», la mujer no ha de querer acostumbrarse á su condición actual, sino que ha de buscar por todos los medios que estén á su alcance el camino que la conduzca á su emancipación.

Que el porvenir con sus grandes ideales os anime y subyugue, es lo que desea vuestra amiga, que os estima,

SOLEDAD GUSTAVO.

DE ACTUALIDAD

El artículo de *Vida Nueva* ha renovado la discusión del asunto de Montjuich, mejor dicho, de los diversos asuntos relacionados con aquella vetusta fortaleza.

Se habla otra vez de Portas y de Marzo; vuelve á citarse los nombres de otros guardias civiles, que no han pasado nunca de instrumentos; se discute la realidad de las torturas, plenamente demostrada; se pide la revisión del proceso; hay quien pretende exigir responsabilidades...

Tiempo perdido.

El proceso ya se ha visto, y no exige revisión.

Las responsabilidades ya se han hecho efectivas.

Porque el verdadero responsable es el pueblo español, que ha pagado, está pagando y acabará de pagar su criminal indiferencia.

Y porque el proceso no ha de verlo un nuevo tribunal constituido con sujeción á las leyes, que ya ha sido juzgado por el tribunal de Europa.

No los Estados Unidos, sino las naciones europeas, sentenciaron á la perversa España—por humanidad—á que perdiera todas sus colonias. Los tormentos de Montjuich les inspiraron á todas este razonamiento elemental: «España es un obstáculo al progreso, un punto negro en la civilización, una sociedad salvaje que no debe poseer colonias. Los tormentos inquisitoriales de que se quejan los antillanos y los filipinos deben ser ciertos, puesto que se aplican en la misma España.»

Y cuando los Gobiernos de la monarquía practicaban gestiones diplomáticas buscando apoyo contra las invasiones de los Estados Unidos, éstos recibían de todas partes consejos ó insinuaciones para acabar con nuestro poder y aun con la existencia nacional.

La pérdida de las colonias era un suceso previsto, era un despojo acordado por las potencias y por la opinión universal; pero hemos tenido otra pérdida mucho más sensible y más irreparable: la muerte de cien mil hombres.

De esta gran desdicha, como de los tormentos de Montjuich, es responsable ante la humanidad y ante la historia este pueblo degradado, que todo lo consiente; es responsable una generación entera, indigna de vivir; lo es, en conjunto, la sociedad española, que está en el siglo XIII.

Y si esta sociedad no se transforma, si esta generación no resucita, la nación española desaparecerá.

N. ESTÉVANEZ.



TRIBUNA DEL OBRERO

LA GUERRA

¿Qué es la guerra? Lucha feroz que entabla un pueblo contra otro pueblo, una nación contra otra, ora para despojarla de algún pedazo de tierra, ora *para lavar la mancha de la deshonra...*

¿Quién la hace? La masa inconsciente y esclavizada, ciega é irreflexiva; esa masa que es arrastrada cual la maleza que río salido de madre lleva en sí. Pero no la hace por iniciativa suya; sino por las de los que pasan por tutores del pueblo, los que dicen gobernarlo.

Si la humanidad hubiese llegado á un grado de perfección tal en que todos los actos que ejecutara fuesen premeditados, que tuviera conciencia de sus actos y aprobara todo lo que su razón y experiencia le dictara como bueno, y que, por el contrario, desechase todo lo antinatural y absurdo, jamás volverían á reproducirse esas luchas salvajes. Sostienen algunos que son en cierto modo necesarias, alegando para su aserto que, sin ellas, la humanidad llegaría á un exceso de número que consumiría más que produciría, y que acabaría por hacerse imposible la vida.

Los que tal afirman están en un grave error, puesto que la Naturaleza no crea imposibles; todo lo que ella crea es armónico y posible.

¿Acaso, si en las naciones civilizadas hubiera excesivo número de gente, no serían explorados, habitados y trabajados todos esos terrenos habitados ahora por reducido número de caribes y conocidos por nosotros solamente por las narraciones de intrépidos exploradores?

Pero es que jamás llegará el caso de haber demasiadas personas en una nación; es que en todas partes hay sobra de trabajo, hay sobra de elementos para vivir; lo que sucede es que esos elementos están acaparados por unos cuantos y los hacen improductivos, en detrimento de los demás.

La causa de la falta del trabajo y la miseria que por doquier impera, es debido á la mala organización de la sociedad; bien organizada ésta, de todo habría para todos.

La guerra, por lo tanto, no tiene razón de ser; las armas se han de emplear solamente para redimirse, para arrancar de las manos de los *dueños* lo que buenamente no se les puede hacer soltar.

Esas sí son luchas nobles y gloriosas, esas son las que crean héroes verdad.

Lucha gloriosa fué la Revolución francesa, arrancando de manos de los déspotas el poder tiranizador; lucha noble será siempre aquella cuyo fin sea el bien de la humanidad, arrollando y destruyendo todo lo que se oponga á la realización de este fin.

Las demás luchas son propias de los irracionales, jamás de un ser que piensa, siente y quiere.

FRANCISCO NAVÉS.

NO HAY REMEDIO

¡España corre á su ruina; no tiene salvación! Los organismos físicos se descomponen y perecen cuando por causas extrañas se alteran las condiciones que para su existencia necesitan; lo propio le sucede á los organismos sociales si en el medio en que viven no procuran desarrollarse conforme á las fuerzas que los impulsan.

Mientras el pueblo navega en un mar de confusiones, de hambre y de miseria; mientras se han visto emigrar desde el año 1888 al 98 un millón ochocientos mil trabajadores á las repúblicas del Sur por falta de ocupación, en España se pierden en la inacción las ricas fuentes de prosperidad material por falta de elementos de trabajo; los campos se hallan convertidos en secos y áridos yermos, disminuyendo á pasos de gigante el comercio, la industria y la agricultura. Un millón y pico de fincas han sido arrebatadas á los propietarios por la filoxera de los Gobiernos, por no haber podido sus dueños pagar la contribución.

Las quejas del pequeño industrial y del mediano agricultor vienen siendo continuas, y con lágrimas en los ojos han tratado de hacerlas oír; pero los hombres que componen el Estado, como son los grandes acaparadores, los fuertes industriales y los dueños de la mayor parte de la agricultura, se hacen los sordos.

Los ministros de Hacienda expiden decretos equivalentes á que cuando los productos de una finca no son suficientes para pagar los impuestos, que el Estado se incaute de aquella finca. Estos son los que persiguen á los que dicen no reconocer ninguna forma de Estado, y á los que afirman que la propiedad es un robo.

La inmoralidad más repugnante ha cundido en las altas clases y en ellas hanse desarrollado los vicios y pasiones que deban destruirlas.

Los empleos públicos, la riqueza, está reconcentrada en manos de unos cuantos vampiros que, turnando en el poder, disponen de él á su capricho, según el impulso de sus pasiones.

Los tribunales no dictan más leyes que las que estos perjuros imponen.

La marcha de los asuntos públicos y la administración de todos los ramos que componen la máquina administrativa, reciben su dirección de un centro corruptor y desordenado. La confusión reina en todas partes, la necesidad de sostener Gobiernos ilegítimos por medios violentos y péfidos, el saqueo de las arcas del Tesoro nacional, de las de las Diputaciones provinciales, de las de los Ayuntamientos y de las de uno que otro Monte de Piedad; los amaños de quintas; esos sueldos tan escandalosos que se pagan para viajes de recreo, orgías ó banquetes, por hombres insaciables de apetito y de riqueza; las crueles persecuciones y mordazas ejercidas sobre el pueblo y cierta clase de la prensa, porque procuran oponerse á las desgracias y ruinas que agobian á la mayor parte de la nación...

Las rentas del Estado, las de los latrocinios y la del monopolio levantados en todo el país, se la dividen entre los zánganos de esta colmena que llaman España, del mismo modo que los salteadores de caminos se reparten el fruto de sus rapiñas.

A vosotros me dirijo, trabajadores y propietarios en pequeño: nos quejamos sin razón cuando decimos que á nuestras manos no llega un perro chico. ¿Cómo queremos que llegue, si tenemos que pagar y sostener la friolera de 9 arzobispos, 45 obispos, 543 dignidades, 1.239 canónigos, 16.991 curas, 5.771 vicarios, 23.698 beneficia-

dos, 13.244 capellanes matrimoniales, 161 sacerdotes congregados, 33.363 religiosos profesos, 2.290 novicios, 10.774 ordenados de menores, 7.862 legos, 10.876 sacristanes, 5.553 acólitos, 21.552 monjas y 1.005 novicias?

Para que este ejército de ociosos tenga todas sus comodidades, ha sido preciso labrarles 26.397 conventos para frailes, 61 palacios para arzobispos y obispos, 864 conventos para monjas y 58 seminarios.

Y para que coman, beban y se diviertan hay que entregarles nada menos que 181.000.000 de reales anuales.

Sin culto y sin rey, la nación se ahorraría bonitamente la friolera de 226.000.000 al año. Para la familia real siempre hubo que aprontar 59.350.000 reales al año. Además, la capilla real tiene 181 empleados sólo para cantar el gori gori; 115 caballos de silla, 172 mulas, 65 armarios llenos de atalajes, 80 carruajes de todas clases y 486 empleados con sus familias, que consumen anualmente 2.850.000 reales.

Esto hay que pagarlo aunque se pierdan todas las cosechas, sin contar la suma enorme de las clases pasivas.

Un país que permite todo eso, no puede continuar su historia; ésta pertenece á los déspotas.

JOSÉ CLAROS.

Málaga.

¡ADELANTE!

..... «Pero si la revolución que alborea pudiera llegar más allá, más allá iré yo con ella.»

Volví la hoja, busqué la firma, y no me había equivocado; en el párrafo transcrito conocí al amigo del alma, casi al maestro, á quien debo parte de las cortas nociones políticas que poseo.

Tal como la pintáis, querido amigo, es la revolución con que yo sueño.

Ya lo habéis dicho. «Nada de limitaciones.» «Poner límite á la revolución, es castigar el pensamiento, mutilar el ideal, negar el progreso.»

¡Siempre adelante! digo yo; no pretendamos poner frenos á la revolución; si tal hiciéramos y consiguiéramos, quedaría la obra incompleta; dejémonos conducir por la ola revolucionaria, como conduce la tempestad desencadenada á la pequeña embarcación que halla en medio del Océano sin gobierno, en la seguridad de que arribaremos á felices playas.

Pero esta revolución destructora, al par que creadora, es obra de colosos, y no de los viejos directores endiosados, faltos de vitalidad para emprender obra de tal magnitud, é ignorantes de las justas exigencias de los pueblos, no porque les falten condiciones para comprenderlas, sí, por hallarse separados por inmensas distancias de éstos, al par que hallarse rodeados de un nimbo de gloria que les impide oír los ayos y apreciar las verdaderas condiciones de los desheredados.

¡A nosotros, pues, corresponde de derecho la obra!

A los que aún hace poco éramos niños, y no guardamos, por lo tanto, en nuestros pechos ningún engaño que pueda enfriar en lo más mínimo nuestros más ardientes entusiasmos, nuestras más caras ilusiones.

A los que formamos parte de ese pueblo no puede infundirnos temor su obra, porque es obra nuestra.

A los que no comprendemos es á esos desgraciados seres que, lejos de luchar contra el destino, se someten gustosos á sus más degradantes exigencias.

A esos jóvenes viejos, de corazones secos, incapaces de dar abrigo á ningún ideal noble, y exentos sus pechos de honradas ambiciones.

A nosotros, que nos hallamos dispuestos á no dejar piedra sobre piedra del viejo y carcomido edificio social, y aun queremos ir más allá de las exigencias de nuestro siglo. «La sangre de las víctimas redime y fecundiza.»

¡Ellas serán las más sólidas bases de la obra de paz y fraternidad!

Esto no lo ignoran los viejos. Ellos nos lo han enseñado.

De lo que deduzco que la revolución en sus manos no pasaría de ser un ridículo motín.

No pretendo lastimar con mis palabras á los viejos, á quienes respeto por sus canas venerables y admiro por su sabiduría; sólo trato de demostrar, y por mi desgracia malamente, las razones que me impulsan á pensar de este modo.

Poco atractivo puede tener para la vejez la obra revolucionaria.

No pueden existir, no existen en ellos las naturales ambiciones de la juventud tan necesarias para hacer una revolución.

¿Qué podrán ambicionar los que han llegado á los más altos puestos y hoy se ven halagados en su amor propio?

Cada uno de esos señores pueden considerarse otros tantos reyes, con sus cortes de medianías adulatoras y flexibles de espinazo.

Todos ellos no dudo que habrán cumplido los compromisos que contrajeran con el pueblo, y si en sus tiempos no hicieron más, sería porque no pudieron, nunca porque no quisieron; hoy no debemos, no queremos exigirles nada.

Sabido es que cuando más próximo se halla el sér humano á la muerte es cuando más apego le tiene á la vida, y si en la revolución que creemos que «alborea» ha de haber víctimas, muchas víctimas de sus mismos organizadores, ¿podremos nosotros garantizar la vida de los que están codiciosos de ella?

De ninguna manera.

De aquí mi opinión de que no debemos obligar á los viejos á poner mano en la obra; si tal hiciéramos sería en nosotros peligroso y criminal. Peligroso, porque quizá no llegaríamos hasta donde debemos llegar; y si, como es natural, el torrente revolucionario no encuentra dique capaz de contenerle, entonces sería criminal en nosotros haberlos instigados á ir á una muerte cierta.

Dejémosles engreídos en sus sueños evolucionistas, creyendo alcanzar por esos procedimientos la felicidad de la patria chica; nuestra misión es más alta: nosotros absorberemos esa patria chica, con nuestra patria grande, con la patria universal.

Si; tenemos el deber, si no de borrar, porque nuestra vida no alcanzará para tanto, por lo menos de inculcar en las conciencias de todos los hombres que no tienen razón de ser esas líneas fronterizas que dividen á pueblos de un mismo origen, convirtiéndolos de hermanos que son en implacables enemigos.

Nosotros tenemos el deber de dejar á la humanidad en camino de alcanzar el desarme universal, sustituyendo los elementos de combate por máquinas para el trabajo, como misión nuestra es también sustituir al hombre-máquina por la máquina-hombre; y de nosotros tiene que ser el cambiar la egoísta palabra de «mío» por la fraternal de «nuestro».

En una palabra; nuestra misión es procurar toda la mayor felicidad universal bajo la menor autoridad posible.

FRANCISCO TOMBU.

